



— LIV —

EDUCACIÓN FEMINISTA

POR LA EXCMA. SEÑORA

CONDESA DE SAN LUIS

1922

EDITORIAL REUS (S.A.) MADRID

PUBLICACIONES DE LA REAL ACADEMIA
DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACIÓN

LIV

EDUCACIÓN FEMINISTA

CONFERENCIA

POR LA EXCMA. SEÑORA

CONDESA DE SAN LUIS

Sesión del día 1.º de Febrero de 1922

MADRID

EDITORIAL REUS (S. A.)

Impresor de las Reales Academias de la Historia
y de Jurisprudencia y Legislación

CAÑIZARES, 3 DUPLICADO

1922

ARTÍCULO 66 DE LAS CONSTITUCIONES:

Los trabajos que publique la Academia quedarán de su propiedad. Ningún trabajo realizado en la Academia podrá ser publicado sin autorización de la misma

En las obras que la Academia autorice o publique, cada autor será responsable de sus asertos y opiniones

**Talleres tipográficos de la EDITORIAL REUS (S. A.)
Ronda de Atocha, núm. 15 duplicado.—MADRID (869)**

SEÑORAS Y SEÑORES:

Lejos de parodiar el célebre «decíamos ayer» de nuestro insigne agustino Fray Luis de León, vengo a desear que el tiempo transcurrido haya borrado la impresión de sorpresa desagradable que mi primera conferencia ocasionó a la mayor parte de las personas que me escucharon, y más aún —caso extraño— a las que no me escucharon.

Fué, sin embargo, cometido aquel acto, calificado por algunos de valiente y por los más de erróneo, con la mejor de las intenciones. Bien es verdad que si no miente el refrán el infierno está empedrado con buenas intenciones.

Es costumbre muy humana, aunque poco caritativa, la indagación minuciosa de detalles íntimos y extremosos en el continente que nos brinda un contenido que nos desagrada, como

si la resquebrajadura del vaso tuviera alguna analogía con el líquido que contiene.

Ya tuve el honor de decir a una alta personalidad, en ocasión para mí bien sensible, que el campanero del pueblo suele ser un ciudadano cualquiera a quien no se le exigen grandes virtudes cívicas ni privadas, pero que sirve para llamar a misa y tocar a fuego.

Cristo, al encontrarse con Pedro [a las puertas de Roma, no le preguntó «¿De dónde vienes?», sino que le dijo: «¿A dónde vas?» «¿Quo vadis, Petrus?»

Tan convencida estoy de que cada uno de nosotros —en la medida de su fuerza y de su inteligencia— debe, cual hormiga diligente, aportar su modesto grano de trigo al inmenso granero social, que sin dejarme cohibir por los desfavorables comentarios que de mi primer ensayo se hicieron, acudo otra vez al palenque, dispuesta a arrostrar nuevas censuras, si mis palabras pudieran tener la más mínima repercusión, en esta labor social que tanto me entusiasma y me enamora.

El epígrafe de esta conferencia indica que voy a hablaros de la educación que recibe o rechaza, se asimila o desdeña la juventud es-

pañola, tanto en la parte moral como en la física.

Recordando al gran Costa, todo escritor pedagogo repite que el problema de España es un problema de cultura. Está bien; ¿pero hace quien esto pregona algo práctico en el sentido de inculcar o difundir esa cultura? Todos nos sentimos pedagogos para educar a los demás, como todos los padres educarían perfectamente al hijo del vecino, y educan muy mal al suyo propio.

Quizá la elemental educación deba consistir en fomentar las cualidades peculiares de la raza y aprovechar sus defectos. Si hemos de guiarnos por las particularidades que de cada país nos transmite la Historia, vemos que en China, por ejemplo, se infunde al individuo una fanática veneración hacia las cenizas de los antepasados. En el Japón se educa al ciudadano en la idea de un gran desprecio a la vida; y al menor tropiezo social, administrativo o político, hace el japonés de su cuerpo funda de su espada sin el más leve titubeo. (Demos gracias al Cielo de que no haya traspasado las fronteras españolas semejante costumbre, que hubiera diezmado las filas de nuestros prohombres.)

bres.) En la antigua Roma se inculcaba a los jóvenes el estoico valor de un Mucio Scévola. En Grecia se rendía culto tal a la belleza, que en ocasiones —cual ocurrió con Friné— servía de balanza a la justicia. Y en cada país, en fin, se trataba de mejorar una raza de conformidad con sus ideales.

En los países latinos modernos el ideal ciudadano apenas si puede cristalizar en algún emblema idiosincrásico. Italia, cuyas principales ciudades parecieron encarnar el Arte, desde la época gloriosa del Renacimiento, con los Médicis en Florencia, los Sforza y Visconti en Milán y los Foscari en Venecia, tuvo, sin embargo, que hacerle un lado a España para sus Zurbarán y Rivera, sus Velázquez y Pantoja. La hermosa Francia, que inspiró a Víctor Hugo esta orgullosa frase: «Si fuera yo Dios Padre y tuviera dos hijos, hiciera al mayor, Dios, y Rey de Francia al otro»; Francia, repito, en el reparto de atribuciones ciudadanas tuvo que contentarse con recoger la flor de la galantería, por haber ya España acotado para ella el fruto sazonado de la caballería. Para conservar este fruto que la tradición nos impone y nuestras almas apetecen, hay que estar atentos a

la formación de los espíritus jóvenes, ya que la vida es un manjar que en la juventud se engulle y en la madurez se saborea, y la labor de todo buen estadista debe tender a evitar indigestiones de vida en la adolescencia.

La atención exquisita que estos espíritus jóvenes requieren, debiera, creo yo, traducirse en la absoluta y exclusiva responsabilidad, con todas sus consecuencias, que de la educación del hijo se le exigiera a la madre. Y digo exclusiva, porque la experiencia nos demuestra que la mujer sola es más apta para formar caracteres que al tener que compartir su autoridad con un padre o un tutor. Napoleón, que no era ciertamente un feminista, consigna en su Memorial de Santa Elena esta bella frase: «Son las madres las que hacen los grandes hombres.» Y por designios quizá casuales, a menudo el sabio o el poeta hace célebre el nombre de su madre.

Casi todos, muchos por lo menos, de los grandes hombres, han sido hijos de viuda. San Agustín, hijo de la gloriosa Mónica; San Luis de Francia, hijo de Blanca de Castilla; nuestro San Fernando, hijo de Berenguela de Navarra; los famosos Gracos, hijos de Cornelia; Don Juan

de Austria, prohijado por Magdalena de Ulloa; Enrique IV, primero de los Borbones, hijo de la intrépida Juana de Albret; Luis XIV, educado por nuestra Ana de Austria; Napoleón, reflejando en su carácter la firmeza del de Leticia Ramolino...

Ya nos ha dicho Espronceda —pues sin texto tan autorizado no me atreviera yo a repetirlo, que «los hombres no sirven para madres y apenas si sirven para padres». En cambio, una madre, consciente de sus deberes y de su responsabilidad, puede aunar la doble función instructora y educadora.

Bien convencidos debemos estar de que en la educación estriba la regeneración de la raza. Vemos a los hombres del Norte recios, fornidos, robustos, casi atletas, sólo por el hecho de no estar condenados —según la hermosa frase de Benavente— a ser hombres antes de tiempo.

A la edad frágil y delicada en que la imaginación es un caos y las pasiones son de cera, suecos y noruegos, suizos, dinamarqueses, alemanes y norteamericanos, templan su espíritu en la disciplina de escuelas y academias, donde los profesores enseñan y los discípulos

aprenden; y diez o doce años de esa labor intensa, dan por resultado lo más útil y provechoso que puede desear una nación: un hombre educado. En cambio, nuestros salones y teatros rebosan de barbilampiños sin desarrollar, que están pidiendo por Dios media docena de azotes y un libro de máximas del Barón de Andilla...

En el habla peculiar de nuestros modernos elegantes, las mujeres son *bestialmente* guapas; los padres, coroneles y señoras viejas somos *unos pelmazos*, y, en general, todo es para ellos *una grandísima lata*.

¿Interesar o divertir a un joven de estos de veinte años? ¡Ahí es nada!... Todo lo sabe, todo lo ha visto, todo le cansa y nada le basta. Únicamente le sobran los libros. No habladles de Humanidades, porque desprecian soberanamente —si por acaso los conocen de nombre— a Aristóteles y a Horacio, a Virgilio y a Platón y demás gente ordinaria.

La Historia, esa maestra de filosofía, no merece su atención, porque, como tuvo la gentileza de decirme uno de esos petimetres, lo importante en un país no es lo que haya sucedido antes, que eso no interesa a nadie, sino lo que

ocurra en la época actual; de donde se desprende que una vez leído a fondo cualquiera de los bien informados órganos de nuestra prensa, se siente este moderno Petronio capacitado para entablar controversias, si de Medicina o Histología con Ramón y Cajal, si de Ingeniería con Torres Quevedo, si de Arte con Sorolla, de Literatura con Palacio Valdés, o de Dramaturgia con Benavente.

Quizá alguno menos vacuo intente hojear, en los ocios de sus diversas conquistas, esos libros de literatura adocenada, que los escritores menesterosos ponen al alcance de las más cortas inteligencias y las más bajas pasiones, ocasionando con esto tan grave daño moral, que una sociedad bien constituida tendría derecho a exigirles de ello estrecha cuenta.

Pero es el caso que estos jóvenes que no quieren estudiar quieren, en cambio, saber, y tratan de almacenar ideas y axiomas con el propósito de adquirir eso que llaman un barniz de cultura, sin recordar que en el Arte el barniz es acusador: si el fondo del cuadro es bueno, con el barniz gana; pero si es malo, con el barniz pierde. Así, el barniz de cultura de quien no posea serios conocimientos, sirva qui-

zá solamente para hacer resaltar la ignorancia.

El distinguido publicista inglés Wells, cuya palabra se escucha y cuya opinión se atiende en todos los países, dice que en los últimos cien años ha habido un gran enflaquecimiento en los fines de la educación. En lo pasado, la educación tendía a hacer un cristiano, un ciudadano y más tarde un caballero del individuo rudo y egoísta. Hoy día la juventud aprende a leer y a escribir —y sobre todo a contar—, y nuestro criterio de la enseñanza escolar se reduce a pensar: ¿será un buen hombre de negocios?; esa es la suprema degradación de la cultura. La educación no debe existir por y para el individuo, sino por y para la comunidad y la especie. Hoy los hombres no quieren cooperar al bien común y sólo aspiran al encumbramiento individual. Hasta aquí Wells.

El intuitivo y fino espíritu de la mujer es el que más intensamente se da cuenta del provecho de la colectividad; por eso vemos ahora centenares —que mañana serán millares— de muchachas estudiantes, yendo resueltamente —como hicieron sus compañeras de otros países— a la conquista de cátedras universitarias;

y estas muchachas, cuyo ideal no es solamente la emancipación, sino también la instrucción y la cultura, serán, en un mañana cercano los mejores paladines de un feminismo bien entendido. Y no sueñan sólo con emancipaciones, porque saben muy bien que el mayor y mejor enemigo de la emancipación femenina es el hijo. Allí acaba la mujer, donde la madre comienza; y pocas encontraremos que quieran, deliberadamente, eximirse de esa dulce esclavitud. Para estas futuras madres instruídas y disciplinadas, conscientes de sus deberes y de sus derechos, es para las que reclamo la plenitud de responsabilidad, al par que de facultad —*jure et facto*— en la educación del hombre; convencida de que el día que esto ocurra no habrá lugar a poner en entredicho esa educación con bandos gubernativos, no por merecidos menos vejatorios.

Es intuitivo —ya lo veis— el oficio educador en la mujer, que gusta de dar lecciones gratuitas a quienes en la infancia no las recibieron.

¿Cómo podrá el niño educado exclusivamente por una madre olvidar jamás la suave lección de caballerosidad, que esa madre le diera cierta noche, con el último beso, al ir a arro-

parle, cariñosa, en su camita?: —Hijo mío, hoy no te has portado bien con tu amiguita Mercedes; te has comido casi toda la tarta y la has hecho llorar, quitándole a la fuerza el automóvil de las manos. Con las niñas, de quienes no temes golpes ni bofetadas, hay que ser siempre muy caballero y además muy galante.

—Mamá, ¿qué eso de ser galante?

—La galantería, hijo mío, es el lujo de la caballerosidad; es algo así... como el pan de Viena con relación al pan candeal. El pan de Viena quizá sea más grato al paladar; pero lo que realmente alimenta es el pan candeal.

¿No creéis conmigo que este niño, hecho hombre, recordará con el pan de cada día la obligación de ser un caballero, especialmente con la mujer?

Porque, no sirve olvidarlo, la caballerosidad de hombre a hombre es, en cierto modo, obligada; la caballerosidad de hombre a mujer es innata, genuina; gratuita; es la piedra de toque de la verdadera educación. ¡Cuántos que no maten, ni roben, ni quizá mientan a un amigo, serán sin escrúpulo con una mujer rufianescos y malvados! ¡Hay tal variedad en la vileza! Calumnia, maledicencia, abuso de fuerza, sub-

terfugios para dejar de cumplir lo que realmente ofrecieron... ¿Queréis una regla fija para saber si un hombre es caballero? Preguntádselo a la mujer que le amó, que ella sabrá, ciertamente, distinguir el oro del oropel.

Faltar a la palabra empeñada a una mujer, es un delito castigado por las leyes... *de otros países*; en el nuestro, por desgracia, burlar a una mujer es añadir un florón a la corona del conquistador; que no en vano, los Don Juanes tienen su cuna en España.

Pero eso, no es vicio de conformación en el español; que los hijos de España nacen, naturalmente, nobles de alma; es vicio de educación, y para remediarlo es para lo que recabo el exclusivo derecho de todas las madres que desean ver en sus hijos modelos de hidalguía. Madres de todas las esferas sociales: que tan hidalgo puede ser el obrero de nobles sentimientos, bajo su modesta blusa, como el marqués de abolengo, ostentando el postinoso chaquet.

La verdadera hidalguía viene del corazón, no de la cuna, y se traduce en actos, no en pergaminos; pensamiento que el pueblo inglés condensa en una máxima: *Noble is who noble*

does; es noble quien como tal se conduce. Y es el inglés pueblo que entiende de caballeridad, ya que ha tenido la suerte o el acierto de mundalizar la palabra que en su idioma lo expresa. Cuando en el mundo culto, y en el de negocios, se dice de un individuo — de cualquier clase social — que es un *gentleman*, ese individuo ya está juzgado.

Pero me objetaréis tal vez: ¿Por qué el exclusivo derecho de la madre?... ¡Ah!, porque en educación, como en guerra, la unidad de mando es imperativa y porque difícilmente se contrarresta la influencia de un padre o tutor que, medio en broma, apunta la indisciplina contra esos *pelmazos* de maestros, amén de la consabida recomendación al marchar el niño al colegio: «— Fulanito: a ti que no te chille nadie; sé tú siempre el primero en pegar un cachete; que luego ya se averiguará quien tiene razón.»

Estos detalles, unidos a otras reflexiones despectivas para nuestro sexo, forman el carácter de esta moderna generación, irrespetuosa con superiores y mujeres y poco atenta con sus iguales.

El Conde de Romanones, uno de nuestros

más avisados políticos modernos, ha escrito un libro piadosamente dedicado al Ejército, que no en vano cuenta un héroe entre sus hijos. Con su habitual maestría supo doblar cabos de tormentas allí donde otros hubieran tal vez varado, y pasar como sobre ascuas por encima de problemas cuya solución estriba en el propio carácter español.

Pláceme entresacar de sus páginas la idea (que apunté en mi primera conferencia) de democratización del Ejército, por considerarla eficaz ayuda en la educación materna. Es indudable que la disciplina militar forma el carácter. ¿En mal? ¿En bien? Eso es muy circunstancial y supeditado a la índole del individuo; pero de todas formas, sea en sumiso o en rebelde, cualquier caso es preferible a la triste educación que da por resultado un abúlico.

En su libro titulado *Psicología de la Educación* dedica el notable pensador Dr. G. Le Bon un sabroso capítulo al importante papel que el servicio militar desempeña en la educación. En forma de queja señala el hecho, desgraciadamente cierto, de que los países latinos están faltos de las cualidades que son la fortaleza de los países sajones: la disciplina, la solidaridad,

la energía, la perseverancia, y sobre todo, el sentimiento del deber. Cree — y yo con él — que el Ejército es un excelente centro educador; y los generales Bonnard y Gallieni han demostrado palpablemente el desarrollo físico y moral de que es susceptible un soldado o un oficial bien encauzados.

«La creciente antipatía — añade Le Bon — de los intelectuales, quienes ven únicamente el lado molesto del servicio militar, marcaría, si tal sentimiento se extendiera a la masa popular, el fin irremediable de una nación; porque el Ejército es el último sostén de una sociedad profundamente dividida y presta a disgregarse, según el ideal socialista.»

Conviene, pues, que el Ejército en masa se dé perfecta cuenta de la misión educadora que le está confiada y sepa mantener incólume el decantado principio de autoridad, base de toda organización social, que al ejército más que a nadie importa restablecer; porque la Providencia, de quien tirios y troyanos esperan ahora el arreglo del desquiciamiento mundial, no sabemos si es más misericordiosa que justa o más justa que misericordiosa, y no demora a veces las enseñanzas expiatorias. Los tristes sucesos

de Julio en Melilla son acaso una lógica secuela de las descabelladas actuaciones de Junio del 17. Casi todos los pecados llevan consigo su penitencia.

Pero una vez restablecido el principio de autoridad, creo que la educación feminista sabrá hacer algún distinguo progresivo y alguna variación de concepto en la idea de patriotismo. Quien ame a su Patria debe desearla rica, próspera, floreciente. Madre de militares, nada hace latir con más entusiasmo mi corazón que los alegres sonidos de uno de esos pasos-dobles que tan briosamente ejecutan nuestros valientes soldados, y nada hace asomar con más facilidad a mis ojos una lágrima como el paso reverente de nuestra augusta bandera, enseña de la patria, que, sin querer, trae a mis labios el grito de ¡Viva España!; pero viva mi España entera, apacible, hermosa y no restañando siempre sangrientas heridas! ¡Ah!... Quien sabe si el voto de la mujer no hubiera podido, como la nariz de Cleopatra, torcer el curso de la hecatombe mundial!

Todas las madres dan sus hijos cuando la patria los pide; pedazos de nuestras almas pelean actualmente en las africanas tierras; pero en

el programa feminista no entrará jamás la guerra de ambición, la guerra de comercio, la guerra de rapiña. Cierto que, como descendientes de Agustina de Aragón, enseñaremos a nuestros hijos a redimir con la fiereza del león los agravios recibidos; pero no sin haberles enseñado antes a emplear la prudencia de la serpiente en las causas que puedan motivar esos agravios.

La España feminista hará siempre honor a sus compromisos; pero considerará muy detenidamente, antes de firmar tratados, si esos tratados son provechosos u onerosos para el país.

Ni conquistas, ni mandatos... Enseñaremos a nuestros hijos el verdadero amor a la patria, que, como dice Bossuet, es obra lenta de educación, y no permitiremos que, ni en prensa ni en Parlamento, bajo pretexto de *regenerarla*, se la desprestigie con odiosas revelaciones, que, cuanto más verídicas sean, mayor reserva de ellas hay que guardar ante el extranjero. La publicidad no es remedio, ni siquiera es escarmiento; pero sí es un descrédito, y los hijos de España no deben desacreditar a su madre.

Inmoralidades existirán seguramente en los

ejércitos de otros países, cuyo eco no llega a nosotros a través de sus mismos ciudadanos. No; las madres españolas no consentirán que nadie supere en patriotismo a sus hijos; y, para ese fin, los adiestrarán en el ejercicio de una virtud harto olvidada en España, y que llaman *valor cívico*, bien superior al valor personal de que siempre blasonamos.

En esta tierra bendita donde tanto soldado merece una laureada y tanto oficial (aun aquellos cuyos privilegios ofrecen ancho campo a la torturante envidia) busca y encuentra una muerte gloriosa, supremo mentís a las venenosas lenguas, no es ciertamente el arrojo personal lo que nos falta. Hartos estamos de pendencieros y espadachines, pero faltos de hombres (pues no basta la excepción) que, con ánimo tranquilo y espíritu ponderado, sepan arrostrar, por el cumplimiento del deber, el terrible fantasma de la impopularidad...

No es muy fácil predecir cuando podrá en España tener voto la mujer. Ni comprendemos ni sentimos, no tan sólo la ensalzada doctrina de Nietzsche de voluntad de poder, sino tampoco la del poder de voluntad.

Nuestros feministas piadosamente lamentan,

para ese efecto, el atraso y la incultura de la mujer, invirtiendo los términos del problema, que, a mi juicio, debe plantearse en esta forma: ¿Cuándo tendrá en España suficiente cultura el hombre para poder concederle voto a la mujer? Porque esa es la clave del problema: mientras el hombre no sea o no se sienta superior, temerá la concurrencia.

Dice el ilustre Ramón y Cajal en sus ingeniosísimas *Charlas de Café*, que no creerá en la emancipación femenina mientras no vea a la mujer sustraerse a la tiranía del modisto. Pecado es éste, en verdad, que nos desacredita en extremo; pero hay que reconocer que de algún tiempo a esta parte las distancias, como las faldas, se habían acortado mucho; y si esa débil miseria es considerada signo de inferioridad, ¿qué anatemas no guardará el maestro, en su imparcialidad biológica, para nuestros entallados elegantes, de mucho más vuelo en sus chaquetas que en su imaginación y cerebro?

La inferioridad ajena no excusa la propia; y con cerrar el paso de la vida a la mujer, no acrecentará el hombre su propio valer ni su propio concepto.

Los países más analfabetos son, naturalmente, los más antifeministas; y para las naciones orientales europeas, que van al atraso de la civilización, la mujer tiene aún algo de *cosa*. No así en el Norte, donde el hombre, ya más práctico, rectifica —llamando a la mujer a colaborar en trabajos y provechos— el mal entendido egoísmo que echó sobre sus hombros, a cambio de problemáticos derechos, deberes abrumadores.

La mujer puede y debe bastarse a sí misma, y el hombre debe así desearlo.

Sin entrar en el campo de la política, donde, lejos de faltar mujeres, sobran las tres cuartas partes de los hombres que en ella intervienen, hay otros sectores en la vida de una nación en los cuales la mujer tiene sitio indicado; por ejemplo, la administración.

¿Creen, realmente, los buenos madrileños que si al frente del Municipio tuvieran a alguna de esas mujeres de privilegiada cabeza, llámese Duquesa Angela de Medinaceli, Marquesa de Squilache, María Guerrero o señorita Dolores Pidal, quien tan cumplidamente responde a lo que su nombre obliga, motivara nuestro pobre Madrid la reflexión de aquel

extranjero que decía: «Madrid será muy hermoso cuando lo acaben.»?

Al frente de todo establecimiento bien administrado, hotel, sanatorio, incluso, hallaréis siempre una mujer; y los heridos y enfermos de los hospitales no cambiarían los solícitos cuidados de las santas mujeres que los atienden por toda la ciencia del médico que los receta.

Los antifeministas son, sencillamente, gente modesta, que reconoce su inferioridad.

Comprendo, señores, que estoy, en cierto modo, cometiendo un abuso de confianza al aprovechar vuestra cortesía de admitirme en esta cátedra para, como vulgarmente se dice, largaros *cuatro frescas*; proceder que forzosamente ha de resultaros algo extraño, por el concepto que abrigáis de que debemos ser siempre nosotras las *refrescadas*; pero habréis de comprender y excusar el intento de expresar todas las posibilidades antes de confiar nuestro pleito a la abogada de más empuje de la Corte Celestial: a Santa Rita de Casia...

Si de la educación moral pasamos a la física, permitidme hacer hincapié en un extremo que me sorprende no haber visto instaurar en países más higienizados que el nuestro, y es que

hasta los veinte años los hijos no deben tener otros médicos —salvo intervenciones quirúrgicas— que sus propias madres; y a esa edad todo ciudadano debe saber ser médico de sí mismo, para lo cual es indispensable que los Luteros y Calvinos de la política española se ocupen de reformar, no ya el artículo 11 de la Constitución, que en poco estorba a los trinos y gorgoros de sus programas, sino la arcaica y a todas luces inútil ley de Sanidad, origen de nuestra degeneración, y muy especialmente también la ley de Enseñanza, incluyendo en ella, para hombres y mujeres, el estudio obligatorio de la Medicina. Pero no una Medicina superficial y casera de irrigaciones y cataplasmas, sino de la que resueltamente va al *nosce te ipsum* fisiológico, mediante reiterados análisis de materias orgánicas, sistema bien poco preconizado en España e indispensable, sin embargo, para todo estudio serio del individuo.

Pido un laboratorio en cada casa, un médico en cada familia y la ciencia de la vida al alcance de las fortunas más modestas.

El ingenioso Quevedo ávidamente estudiaba Medicina por considerar «gran necesidad fiar a la indiscreción ajena lo importante de la pro-

pia salud». Y con singular gracejo ha recopilado uno de nuestros más sabios galenos en su discurso de recepción en la Academia Española, el sin fin de anatemas que la humanidad doliente dirige a sus verdugos, sin olvidar el que Cervantes pone en boca del Licenciado Vidriera: «Sólo los médicos nos matan sin temor y sin desenvainar otra espada que la de un récipe.»

El extremo Oriente nos ofreciera quizá una enseñanza aprovechable. ¿Sabéis por qué gozan los chinos generalmente de muy buena salud? Porque en China —así lo decretó Confucio, su gran legislador— cada individuo remunera a un médico mientras está sano; pero apenas enferma un chino, suspende la remuneración.

Extraña ceguera la de la Humanidad, sometiendo, por inconcebible egoísmo, su salud al fallo de indiferentes e irresponsables profesionales, cuyos crueles desaciertos tanto cuesta reparar...

El cuidado del cuerpo, como el del alma —medicina y enseñanza— son un apostolado de amor que sólo a la madre incumbe, y hay que robustecer su amorosa intuición con el máximun de ciencia y el máximun de autoridad.

Sólo así se evitarían numerosas desgracias en las familias. ¡Ah, si los hijos supiesen!... ¡Y si las madres pudiesen!...

En el tranquilo atardecer de un hermoso día de Mayo, uno de esos días en que la Naturaleza convida al amor y a la vida, atravesáis las frondosas alamedas de nuestro hermoso Retiro y os sentís embelesados con el murmullo de las hojas y el canto de los pájaros. Vuestro espíritu, ávido de sensaciones agradables, atisbando la felicidad por doquier, recuerda con alegría las amistades juveniles, y entre las más preciadas, la de un vuestro amigo, compañero de placeres, casado hace varios años y de quien la vida os tiene un tanto alejado. Os dirigís a su casa, saboreando de antemano la satisfacción del encuentro; pero al penetrar en sus salones os sorprende la angustia y desolación que veis pintados en todos los rostros. ¿Qué ocurre? preguntáis ya inquieto. Es que la niña de la casa, preciosa criatura de cuatro años, hace varios días que está en cama con extraña y grave enfermedad, que los médicos temen diagnosticar: manchas en la piel, debilidad en los huesos, supuración de oídos... Tímidamente apuntó el médico de cabecera la idea de una

probable infección heredada... Sentís un escalofrío en el alma ante el contraste de la Naturaleza en flor y ese pobre capullo que la muerte se apresta a segar. Ansioso, interrogáis a la Providencia, ¿y qué os contesta, con la lógica implacable de la biología y de la moral? Pues os dice que, hace diez o doce años, en otra análoga tarde del mes de Mayo, el padre de esa criatura, fiel a la relajación de costumbres de los países latinos, no halló en su educación ni en su religión el freno que le impidiese perder, en cualquier antro de inmundicia, con la flor de su inocencia, el derecho a la felicidad.

Sí, señores hombres; perdéis en el umbral de vuestra vida el derecho a ser felices.

Cierto que el Código civil bien está por vosotros amañado, para dejar sin sanción vuestros más horribles crímenes sociales; pero el Código divino, en el que no tiene acceso vuestro egoísmo de clase, ese aplica la sanción sin tuteo de sexo.

Me objetaréis, quizá, que castiga al inocente para alcanzar al culpable... Pero, amigos míos, si en vuestro Código terrestre habéis insertado un artículo prohibiendo la investigación de la

paternidad, nada puede extrañaros que en el Código celeste exista también otro artículo que prohíba la investigación de los designios providenciales.

Hermosa es la libertad cuando no sirve—ya lo dijo una gran patriota francesa—su nombre de escudo para ciertos crímenes, y en el caso presente, al par que dar libertades a la mujer, precisa restringir la impunidad de que el hombre goza para hacer el mal, con la completa convicción de que, éste, sería el mejor trabajo de profilaxis.

No puedo, claro está, deciros lo que cierto profesor de Filosofía a sus alumnos: «Señores—les decía—, lo que acabo de exponeros son ideas mías que luego veréis confirmadas en Platón.» Ciertamente que ni Platón, ni Séneca, ni siquiera Pericles—a quien una mujer ayudó a bautizar un siglo—abonan mis palabras; pero la severa y activa campaña que país tan poco lírico como los Estados Unidos ha emprendido en el sentido de suprimir la prostitución, como lo está en Inglaterra, y evitar el bochornoso contagio que en la pasada guerra cruelmente azotó a todos los países, os demuestra claramente ser, éste, asunto que debiera ocupar la

atención de políticos y gobernantes con preferencia a rencillas de partido, problemas de jefaturas o escalamiento del Poder público.

Debo decir, sin embargo, que he leído con agrado, días pasados, el plausible proyecto de purativo de raza que el Sr. Ministro de la Gobernación, distinguido jefe del Ejército, piensa llevar a las Cortes; proyecto a cuyo pie hubieran hecho tanto honor a la lógica las firmas de los señores Francos Rodríguez, Dr. Cortezo o Conde de Gimeno, los cuales es de suponer que nos presentarán, cualquier día, algún buen plan de campaña.

En mi sueño, que espero ver realizado, abogo por la exclusiva autoridad de la madre en la educación del hijo, porque sé que una madre no tendría jamás las indulgencias que, por inconsciente solidaridad de sexo, llevan al padre a excusar y tolerar—quizá en agradecido recuerdo de lo que a él le toleraron—las faltas y vicios que tan graves consecuencias tienen en la salud de los jóvenes. Por muy bueno que sea un padre, no puede sentir la identificación de quien, llevando largos meses en su seno una criatura, al extrañarse de ella y verla crecer y desarrollarse, sigue considerándola com

parte integrante de su sér, como sus pies, como sus manos; más que nada, como su propio corazón.

Nunca he sido feminista... por demasiado orgullosa; que mal se aviene a súplicas quien cree derechos; pero... amante, como Genoveva o Juana de Arco, de mi Patria, con hijos que han jurado en la Bandera defenderla con su sangre, que es la mía, mi espíritu ciudadano me impele a romper la tradición del silencio femenino y pedir con insistencia un puesto al sol en mi España para las criaturas de ardiente fe y voluntad, que, rememorando un pasado de gloria, sienten en el alma anhelos de prosperidad y bienandanza para su Patria querida.

Es demasiado hermosa la Historia de nuestra España para no seguir escribiéndola en caracteres que perpetúen esa tradición. Sus más famosas páginas nos traen a la memoria el recuerdo de la gran reina que sabía latín y cuyas damas desempeñaban cátedras en las universidades; pero quizá nunca como ahora el saber y la ilustración adquirieron estado de imperiosa necesidad en las clases directoras.

El Mariscal de Montmorency, firmando con una cruz por ignorar aun más que Mr. Jour-

dain—hasta el arte de componer palabras—, llevaba, es cierto, los ejércitos de Francisco I a la gloria en los campos de Marignan y de Mezières; hoy día la Humanidad, más exigente, quizá no ensalzara tanto las figuras de Foch, Pétain y Castellnau, de no avalorarlas a un tiempo su educación y cultura.

Colón glorificó a España con la conquista de un mundo nuevo; hoy la glorifican los conquistadores de la ciencia, del arte, del pensamiento, de la inteligencia: Ramón y Cajal, Menéndez Pelayo, Echegaray, Torres Quevedo, Sorolla, Blasco Ibáñez, Emilia Pardo Bazán, Benavente y tantos otros que en el recuento de valores mundiales dan la impresión de que España no vive sólo de recuerdos y del pasado, sino que se nutre con nueva savia.

Pero la Humanidad desperdicia una fuerza viva que debiera aprovechar en su progreso, y esa fuerza viva es el espíritu de la mujer; espíritu que encarnó los más bellos episodios de su historia.

¿Qué fuera la historia de Israel sin Débora y sin Judith; la de Roma sin Cornelias y Lucrecias; la de Egipto sin Semíramis y Cleopatra; la de Alemania sin Matilde; la de Rusia sin sus

Catalinas; la de Flandes sin Clara Eugenia; la de Francia sin Juana de Arco, y la de España sin Isabel de Castilla y Teresa de Avila...?

Bien ingrata fuera España—ya lo dijo la insigne Pardo Bazán—si no rindiera culto en todas sus mujeres a estas dos grandes figuras, origen de su gloria. Figuras que deben servir de norte y guía al feminismo militante para alejar toda idea egoísta y concupiscente, que tan recelosa hace resultar al país la gobernación masculina.

Cuando alguna vez recorro este Madrid, tan característico, fiel reflejo de sus habitantes en las alternativas de hidalguía y rusticidad, pueblo que nuestro buen Carlos III se esmeró en ornamentar, visito primero el Museo del Prado, emporio de artísticas riquezas que nos dan fama mundial; contemplo después el suntuoso Banco de España, que de no existir financieros boletines indujera, quizá, a algún extranjero en exagerado error respecto de nuestra capacidad económica; admiro los magníficos edificios de Bancos y Sociedades, que si no hablan todos ellos de capital español, hablan, por lo menos, del creciente desarrollo de nuestra Industria y Comercio; me detengo un instante

ante el palacio de Oriente, y pienso que el porvenir de España es una incógnita que tendrá que despejar alguna de las rubias cabecitas que ese palacio cobija y a la que Dios quiera conceder el acierto necesario para resolver en su día esa cuadratura de círculo que en España se llama *orden y gobierno*; prosigo mi camino hasta rendir un tributo de admiración a las maravillas de arte moderno que San Francisco el Grande atesora; también San Antonio de la Florida, con sus admirables frescos, obliga mi atención y predispone el ánimo para llegar satisfecha a la célebre Pradera del Corregidor, inmortalizada por Goya en sus manolas y chisperos; Pradera de San Isidro, donde el pueblo de Madrid aprendió a querer a la más española y popular de sus Infantas. Ya de regreso, y habiendo atravesado nuestro típico aprendiz de río, saludo, al pasar, la estatua de D. Alvaro de Bazán y la Torre de los Lujanes, y repitiendo con veneración los nombres de Lepanto y Pavía, mi alma, en una oleada de orgullo de raza, da gracias a la Providencia de haber nacido española. Pero, ¡ay!, como el caballo que en la batalla olfatea la pólvora, mi corazón, al aproximarse a la plaza de las Cortes, se siente

presa de extraña inquietud, y apesadumbrada y ruborosa, presto me alejo de aquel lugar, no queriendo recordar, para no tener que deplorarlo, que enfrente de la mezquina estatua de quien tanta gloria proporcionó a España se alza el templo de las leyes, a cuyo interior no siempre penetran—debido quizá al espesor de sus muros—los efluvios de patriotismo que de esa estatua se desprenden.

¿Será cierto, como asegura Mesonero Romanos, que estas mismas piedras sirvieron de emplazamiento antiguamente a la iglesia del Espíritu Santo? ¿Cómo quedaron en su recinto tan escasos vestigios de la sabiduría de esta tercera persona de la Augusta Trinidad?

El español, fuerza es confesarlo, parece tener, al igual del camaleón, dos o más naturalezas; franco, noble, sencillo, gran patriota, todo lo bueno le parece poco para su España, y ¡guay! del menguado que se atreva a discutirle siquiera el grandioso salvajismo de sus taurinas aficiones. Pero al traspasar los umbrales del Congreso no sé qué deletéreo y mortífero ambiente se respira, que allá van las voluntades tras torcidas ambiciones sin cesar—que diría Jorge Manrique—, y los maridos

más ejemplares, los hijos más sumisos, los padres más amantísimos, no consiguen llevar todo ese caudal de bondad al terreno de la ciudadanía...

¡Ah! Si esos ciudadanos fueran educados por una madre responsable que les inculcara la idea del sacrificio, la idea de abnegación, sacrificio y abnegación de los que ella da forzoso y voluntario ejemplo al traer su hijo al mundo, al amamantarlo, al cuidarlo en su infancia... ¡Abnegación y sacrificio! Idea que a menudo formula nuestro labio, pero que rara vez alberga nuestro corazón.

Dejad, dejad que las madres a quienes incumbe esta difícil tarea formen el corazón y el espíritu ciudadano de sus hijos, según la norma que nuestro gran Balmes nos da en su admirable *Criterio*—«el entendimiento sometido a la verdad; la voluntad sometida a la moral; las pasiones sometidas al entendimiento y a la voluntad»—, y veréis entonces cómo, llegada la hora del sacrificio, en vez de revolverse airados buscando víctimas expiatorias y exigir responsabilidades, tan infinitamente diluídas, que quizá—Dios perdone—alcanzara algún tanto de culpa a la Providencia que formó al español

tan generoso de palabras como parco de buenas obras, veréis—repito—a estos mismos ciudadanos entonar el *mea culpa*, seguido del *sursum corda* y fundir en el crisol de su arrepentimiento el propósito de enmienda y de regeneración.

Por algo quiso Cristo nacer de mujer.

Por algo quiso tener una madre.

